

# **El papel del colonialismo en la visión eurocéntrica del desarrollo en América latina<sup>1</sup>**

**SALOMÓN RODRÍGUEZ GUARÍN**

## **El Autor**

Licenciado en Filosofía de la Universidad del Cauca, Especialista en Humanidades de la Universidad Autónoma de Occidente, Magister en Filosofía de la Universidad del Valle. Actualmente, director de investigaciones de la Corporación Universitaria Comfacaucá - Unicomfacaucá y Docente de ética componente FISH de la Universidad del Cauca.

E-mail: salomoniuz@hotmail.es

---

<sup>1</sup> Ensayo de reflexión

## Resumen

Hablar del Estado-nación, desde una perspectiva eurocéntrica, implica reconocer las estrategias del poder que surgieron de los modelos estatales-nacionales y que tuvieron su espejo en la colonización y posteriormente en el ideario republicano del siglo XIX. En la actualidad, el modelo eurocéntrico del desarrollo conserva los rasgos históricos del poder colonial, asimilado en los nuevos modelos de centro-periferia y desarrollo global. Aquí, la experiencia europea que define el tránsito hasta la modernidad, se convirtió en el esquema cultural de una identidad en la cual los colonizadores eran asimilados a la raza superior, a la civilización moderna; por su parte, los mestizos, los indios y los negros asimilados a una raza inferior, y por ende, condenados históricamente al subdesarrollo y a la dependencia colonial. Resulta de gran interés comprender el nivel cultural e ideológico subyacente en las tradiciones políticas de los estados nacionales latinoamericanos, con el propósito de identificar el tutelaje europeizante que trae consigo el modelo del Estado-Nación.

**Palabras claves:** colonialismo, modernidad, Estado-nación, eurocentrismo, desarrollo/subdesarrollo y centro/periferia.

## Abstract

Speaking of the nation state, from a Eurocentric perspective means recognizing the strategies of power that emerged from the state-national models and had her mirror in colonization and later in the nineteenth century republican ideology. At present, the Eurocentric model of development retains historical features of the colonial power, assimilated in to the new center-periphery models and global development. Here, the European experience that defines the transition to modernity became the cultural model of identity in which the colonists were assimilated to the superior race, to modern civilization; mean while, crossbred, indigenous and blacks treated as an inferior race, and therefore historically condemned to under development and colonial dependency. It is of great interest to understand the underlying cultural and ideological level in the political traditions of Latin American states, with the aim of identifying the Europeanization tutelage which brings the model of the nation state.

**Key words:** colonialism, modernity, nation-state, Eurocentrism, development/under development and center/periphery

## Introducción

Como producto histórico y social, el Estado-Nación representa un logro triunfal de las ansias de poder y riqueza de las sociedades europeas modernas, las cuales paulatinamente pasaron de modos de producción esclavista y feudal hacia la consolidación de clases sociales (burguesía, proletariado) con capacidad de comerciar bienes y servicios. En este sentido, la construcción del imaginario Estado-Nación en América Latina puede ser visto como el resultado de la manipulación ideológica e histórica de una verdad anclada a la fe cristiana, a la secularización de los mercados nacionales, a la libertad individual y al progreso material que ofrecía el trabajo planificado, todo ello ambientado dentro de los límites políticos del Estado soberano.

En tal contexto, la sociedad occidental, que surgiera de la revolución científica de Galileo y Newton, de la revolución Francesa, acompañada de la reforma luterana y calvinista, de la imprenta de Gutenberg y de la revolución industrial, llevaría a aquellos señores y sus súbditos hacia la consolidación racional de una tipología de sujetos “ilustrados” o modernos que se harían llamar *ciudadanos*, libres e iguales, con derechos y obligaciones contractuales para con otros y para con el Estado; capaces, igualmente, de convertir su oficio de vida en una herramienta para el progreso de su nación, en una empresa rentable y eficiente bajo los parámetros del modelo de desarrollo occidental más difundido hasta la fecha: el capitalismo.

Bajo el signo del capitalismo, las sociedades modernas europeas lograron convertir la biodiversidad cultural y étnica del mundo en un objeto de consumo social, adecuado para satisfacer la necesidad de aquella condición social emergente propia de la modernidad, la *burguesía*; un rótulo social, económico y político a la vez, que redujo la biodiversidad de las naciones colonizadas al objeto racional del capital. Del mismo modo, la burguesía empleó la colonización como el resorte impulsor hacia la meta ilustrada del *progreso*; el cual, necesariamente, iba de la mano con la libertad de conciencia y el individualismo: ideales de libertad moral y ciudadana; al igual que con la capacidad de convertir el saber de los pueblos colonizados en una fuerza útilmente aplicada hacia la acumulación de nueva riqueza. Esto explica cómo cada lengua, color de piel, rasgo cultural y social

que Europa encontró en África, Asia o América fue tenazmente reacondicionado hacia los fines de la razón moderna, favoreciendo la apropiación histórica de los demás pueblos bajo la forma de naciones que adoptaron, como modelo civilizador, los ideales burgueses, sus imaginarios y fines económicos.

La sociedad capitalista avanzó así, en pocos siglos (1750-1900), y se impulsó acallando cualesquier resistencia, mientras creaba nuevas clases sociales: capitalistas y proletarios. Los unos poseedores de la riqueza: la tierra, las máquinas y la fuerza laboral de los hombres; los otros, los enajenados de su fuerza bruta productiva, incapaces de acceder, salvo por su salario, a los bienes y servicios que ensamblaban sistemáticamente en beneficio de un “patrón” que los utilizaba. Esta formulación de la riqueza, requirió en su infraestructura, que los sujetos modernos participaran en el libre juego de la oferta y la demanda, convirtiendo sus conocimientos y habilidades en equivalentes monetarios, susceptibles de ser canjeados por capital, es decir, por la nueva riqueza que reemplazaba la tenencia de la tierra y los esclavos.

Con el surgimiento de dichas clases sociales, surgió a su vez, una diferenciación externa entre los Estados nacionales que conformaban el centro del desarrollo capitalista, diferenciados por su condición eurocéntrica, frente a aquellas naciones o territorios conquistados y paulatinamente colonizados, que conformaban, caso concreto, los llamados actualmente países periféricos o en vías de desarrollo.

Lo anterior expuesto, pone en tensión un conjunto de elementos vigentes en discusión y que procuraremos ir acompañando de comentarios y análisis críticos según sea el caso requerido.

## **Del renacimiento a la modernidad, y la conformación del Estado-Nación**

En términos de Aníbal Quijano (2000), al interior de las sociedades latinoamericanas, consideradas hijas del desarrollo burgués capitalista y de la colonización europea moderna, encontramos un patrón que reproduce la historia de las naciones europeas; pero que a su vez, amplió las condiciones

del desarrollo de la cultura occidental, creando un ambiguo subdesarrollo que se asocia a la condición de los pueblos americano. En sus propias palabras:

Dentro del debate sobre desarrollo-subdesarrollo, esa es una aseveración correcta en lo fundamental. En efecto, el capitalismo, un patrón de dominación/explotación/conflicto, articulado en torno del eje capital-trabajo mercantizado, que integra todas las otras formas históricamente conocidas de trabajo, se constituyó con América desde hace 500 años como una estructura mundial de poder. Se desarrolló desintegrando a todos los previos patrones de poder y absorbiendo y redefiniendo aquellos elementos y fragmentos estructurales que le fueran útiles o necesarios, e imponiéndose exitosamente hasta la fecha sobre todos los posibles patrones alternativos (Quijano, 2000:74).

Aquí encontramos, en dos polos complementarios, el modelo capitalista de desarrollo occidental y el papel que cumple el Estado-nación; sin embargo, se destaca que dicho modelo que iguala a nivel histórico del mundo occidental: el capitalismo, el Estado-nación y el desarrollo, genera un desbalance social y cultural en América Latina; pues la introducción paulatina del mismo modelo, obligó a la modernización social, política y cultural de las naciones que, paradójicamente, lograron emanciparse de sus dominadores europeos.

El ritmo del “progreso” acumulativo que introduce el capitalismo, conllevó a la independencia de los pueblos sometidos a la corona española y británica, e indicó la ruta a seguir: articular el espacio-tiempo de las regiones colonizadas a nuevos espacio-tiempo de desarrollo capitalista; es decir, en entes territoriales (estados nacionales) que gozaran de independencia política, social y económica; y mejor aún, que replicaran de forma cuasi-exitosa el modelo de desarrollo dominante como una práctica histórica probada. De esta manera, la “modernidad” de las sociedades latinoamericanas se estableció bajo el modelo de la colonización europea, demostrando su articulación al capitalismo y al consolidado histórico-político del Estado-Nación.

En otras palabras, bajo la premisa de una dominación colonial eurocéntrica, los pueblos latinoamericanos que han logrado emanciparse, gracias a sus luchas independentistas en los siglos XIX y XX, proyectaron en sus imaginarios

libertarios los fines ideológicos del capitalismo, tornando los proyectos de Estado y Nación en modelos correlativos de modernización; pero paradójicamente, dicho modelos subsumen a nuestros países en el subdesarrollo, en “la colonialidad del poder” (Quijano, 2000:82), entendida tanto como una estructura de reproducción cultural de identidad de hombres superiores (blancos, colonizadores) que someten a los hombres inferiores (negros, indios y mestizos), así como un proceso eurocéntrico que convierte en foco central de la experiencia moderna latinoamericana, el desarrollo académico, económico y político de las naciones europeas; en última instancia, contribuyendo a la visión global de que existen países que por sus condiciones étnicas, culturales y sociales tienden hacia el subdesarrollo de sus pueblos, pero que “pueden” aspirar a un tipo de progreso, basado en la adopción de un poder hegemónico colonizador.

Esta visión eurocéntrica interioriza por demás, que las luchas entre los dominados y los dominadores requieren de un espacio común concreto, materializado en los espacios de poder que la democracia y el mercado capitalista modernos configuran; es decir que la democracia, siendo una ideología dominante que refiere a la forma de participación ciudadana entre individuos que gozan de igualdad y derechos dentro del modelo estatal, se ha convertido en el vínculo económico para el reconocimiento de identidades racionales dentro del territorio delimitado por el modelo de los Estados -Nacionales. De suerte que, la colonialidad del poder moderno se traduce en América Latina en la representación de un modelo soberano de sociedad capitalista que promueve la competencia económica entre sus individuos y, a su vez, les otorga los mecanismos democráticos como una forma civilizada de resolver sus conflictos, de acceso al poder y más concretamente, hace de la democracia una fuerza del progreso que se transforma en la utopía de la libertad, en el ideal concertado de los pueblos y de sus Estados emancipados; citando a Quijano:

En la sociedad capitalista, toda nacionalización de la sociedad y del Estado ha sido la resultante del proceso de democratización de las relaciones sociales y políticas entre los habitantes de un dado espacio de dominación. Y ha sido, ante todo, el punto de llegada de prolongadas luchas de los explotados y de los dominados para lograr que se institucionalicen relaciones sociales y políticas tan democráticas como fuesen posibles en

las condiciones del capitalismo. Pero a ese resultado no ha sido ajeno el contexto histórico de implantación del capital y del capitalismo. En Europa se trata, de un lado, de las relaciones entre el capital competitivo con las estructuras de poder del *ancien regime* y las instituciones de los varios imperios locales y, del otro lado, de las relaciones con el colonialismo y la colonialidad impuestas sobre el resto del mundo. Fue dentro de ese espacio de relaciones de poder que los explotados/dominados de Europa tuvieron las condiciones para forzar a la burguesía a negociar los límites de la explotación/dominación, que es exactamente en lo que consiste la democracia dentro del patrón de poder articulado por el capital (Quijano, 2000:77).

Lo anterior, evidencia la tesis de que tanto el capitalismo como el modelo del Estado-Nación han reconfigurado los espacios territoriales de América Latina mediante relatos de poder colonial de orden histórico y socio-cultural, los cuales definen a los pueblos americanos como prolongación de la modernidad eurocéntrica. Más aún, la colonialidad del poder eurocéntrico logra implantar la democracia como una “fiesta de las mayorías” (Paz, 2001), como el espacio de encuentro de los diversos y plurales racionales, que ya no reconocen su lengua, raza, cultura ni condición social para hacerse visibles en el espacio político de la libertad, en la utopía colonial de la modernidad.

Sin embargo, pese a lo venerable de la huella europea, vemos lo incongruente de su estructura, pues solo con la aceptación intrínseca de la explotación capitalista y la puesta en marcha del proyecto de desarrollo nacional, es posible que los pueblos americanos descubran los logros de la emancipación europea: la ciencia, el arte, la cultura y el progreso burgués. Bienes tanto tangibles como espirituales que están a la mano de los estados nacionales que se encuentren dispuestos a sacrificar la diversidad étnica y lingüística, que abandonen las particularidades de su existencia mestiza, y que renuncien a su pasado ancestral, dejaran en silencio las arbitrariedades históricas de la colonia, tomando por paradigma, el supuesto dominante del desarrollo europeo.

Lo expresado hasta este punto se torna visible cuando examinamos algunos rasgos históricos, característicos de aquellas repúblicas que surgieron de las luchas de independencia; pero que entraron en diversas fases de avance y

retroceso (Guerra, 1993:319-381). En primer lugar, las nuevas naciones se vieron obligadas a replantear el sistema jurídico y económico-social dejado por la colonización española, su sistema religioso y militar dominante. Esto trajo en consecuencia, la necesidad de adoptar modelos extranjeros liberales de corte inglés, norteamericano y francés aplicados al desarrollo de la industria, el comercio y la educación<sup>2</sup>. En segundo lugar, la crisis económica que trajeron las precarias reformas implantadas, condujeron a las diversas naciones latinoamericanas al retorno hacia modelos más conservadores de origen español, incluso se adoptaron diversos mecanismos jurídicos, como la constitución, para centralizar el poder en clases dominantes, que por lo general constituían un grupo selecto de criollos que estudiaron en la universidad y quienes entraron en franca disconformidad con las propuestas radicales de orden militar. En tercer lugar, se presentó una simbiosis entre modelos militares y civilistas que terminaron por dar forma a los sistemas políticos adoptados en América Latina durante la primera mitad del siglo XIX.

Para aclarar este último punto, sugiero examinar un ejemplo: en la consolidación de la Nueva Granada (1830-1850), éste suceso histórico imprimió en la historia nacional de Colombia un ciclo contrarrevolucionario con tendencias al restablecimiento del orden señorial (implantado en la colonia) y a la influencia de los grupos tradicionales conformados por: terratenientes, militares, clérigos y letrados, quienes influían en las decisiones del poder y en la vida económica, social, religiosa y cultural de la nación, mediante su derecho a la participación política, otorgada por sus acceso a la propiedad y la tierra.

Aun cuando no se presentaron cambios profundos en la estructura de la sociedad de principios del siglo XIX, en la Nueva Granada se encuentran enfrentamientos entre los librecambistas y los proteccionistas, los terratenientes y los partidarios de los cambios agrarios, los esclavistas y los anti-esclavistas. Desde el punto

---

<sup>2</sup> El liberalismo seguía los ideales de escritores del siglo XVII francés y la doctrina de los utilitaristas de la escuela de Bentham y Tocqueville; su centro de apoyo era la implementación de un sistema democrático de extremas libertades individuales que bien podrían rayar en la anarquía política; los liberales, como ideólogos de las nuevas constituciones populares se mostraban adictos a las fuerzas de la revolución francesa, que por entonces circulaba en el pensamiento de muchos caudillos, pero especialmente en las mentes de los intelectuales, educados en universidades.



de vista externo, la configuración de la nación entró en la órbita económica inglesa y buscó llenar el vacío colonial dejado por España, después de los 3 siglos de dominación. La influencia inglesa en la economía y en la cultura, y en la misma medida, la influencia cultural francesa penetró en el estilo de vida, ideas, actitudes, educación y costumbres de los colombianos en el siglo XIX, madurando un tipo de conciencia colonizadora ambigua: por una parte, tradicional, católica y señorial, por otra, revolucionaria, estatal y más acorde con los intereses de la clase burguesa capitalista europea. En consecuencia, la necesidad de liberación frente a un orden colonial introdujo de forma contundente los “fantasmas” de una nueva colonialidad, basada en las ideas modernas de los países europeos que ese encontraban en guerra contra la corona española y sus intereses.

Aunado a lo anterior, señalamos el apremiante debate sobre las visiones que han tenido los europeos y especialmente, los estudiosos norteamericanos sobre el estancado desarrollo de los pueblos latinoamericanos. En primer lugar, retomamos las palabras de Quijano, para quien la mirada estructural-funcionalista subraya el hecho de que:

Los desarrollados eran modernos, racionales y protestantes. Los subdesarrollados eran tradicionales, no-protestantes, con racionalidad pre-moderna, si no francamente primitivos. Algunos de los rasgos específicos de la moderna sociedad capitalista en los países centrales, fueron propuestos como expresiones básicas de la modernidad y como el marco histórico insustituible del desarrollo económico: el principio de ganancia, el valor del dinero y del mercado, la idea de que el sentido de la vida es el trabajo y el consumo, el universalismo de la respectiva orientación valórico-normativa. Tales eran características de la modernidad, de la racionalidad, y se encontraban más en los pueblos protestantes que en los otros. Los rasgos opuestos a ellos eran, pues, parte de la tradición y eran los obstáculos a remover en el camino del desarrollo. El desarrollo era, ante todo, modernización (Quijano, 2000:79).

Una visión eurocéntrica del desarrollo que se explica mediante la modernización de las estructuras políticas y económicas en contextos coloniales, y que se complementa con una segunda visión, la cual hallamos implícita en el

modelo del desarrollo capitalista: la teoría del imperialismo capitalista, asociada principalmente al materialismo histórico; en donde: “[se] atribuía al imperialismo capitalista primero, y más tarde a la dependencia externa o a la dependencia estructural, la explicación de las diferencias entre desarrollados y subdesarrollados” (Quijano, 2000:80). Esta última visión, de corte marxista, pretendía explicar las condiciones del subdesarrollo latinoamericano, no a partir de rasgos culturales o incidentales como la religión o las costumbres, sino a partir de rasgos institucionales e ideológicos, que explicarían las condiciones mismas del sometimiento latinoamericano a los modelos hegemónicos e históricos del progreso y desarrollo capitalista. No obstante, al igual que la otra visión, el subdesarrollo en América Latina fue asimilado bajo la vieja lectura en la cual, la macroestructura capitalista genera dependencia más allá de las decisiones autónomas de los pueblos, por lo que el subdesarrollo se definiría como una característica inmanente al sistema dominante.

Ahora bien, ambas lecturas nos obligan a examinar otros aspectos interesantes acerca de la concepción eurocéntrica del desarrollo. Pues fue en América, en donde la raza y las características biológicas lograron configurar nuestra identidad moderna y colonial:

El colonialismo fue el escenario y el marco que permitió la constitución de la idea de raza como el instrumento universal de clasificación social básica de toda la población del planeta. Y esa clasificación probó ser, hasta ahora, el más eficaz mecanismo de dominación dentro del poder mundial capitalista. De esa manera el patrón mundial de poder capitalista se constituyó en su carácter de colonial/moderno. Cuando el colonialismo fue eliminado, la relación colonial de dominación entre *razas* no sólo no se extinguió, sino que se hizo en muchos casos mucho más activa y decisiva en la configuración del poder, desplazándose de una institucionalidad (el colonialismo) a otra (países independientes y/o estados-nación) y en consecuencia rearticulándose a escala global (Quijano, 2000:82).

La anterior consideración brinda la oportunidad, en un siguiente apartado, de reflexionar sobre el modo dialéctico en el cual, el desarrollo latinoamericano se nos presenta como situación paradigmática de la historia de la sociedad moderna eurocéntrica. Por una parte, la modernidad aparece como un modelo

central de clasificación del mundo, establece un patrón de identificación del hombre superior, el europeo racional, moderno, democrático y burgués, por encima del hombre amerindio, mestizo, subdesarrollado, emancipado; por otra parte, vemos cómo el capitalismo introduce un tipo de dependencia hegemónica colonial, que vuelve lo amerindio en una raza dominada que debe ser desplazada hacia el subdesarrollo, pero a la vez, articulada al desarrollo de las naciones que tienen el dominio y configuran el poder global.

## El imaginario latinoamericano de la modernidad

Según la visión crítica de Walter D. Mignolo (2001), coexiste en la modernidad latinoamericana un imaginario de colonialidad, representado en la experiencia geopolítica europea en América Latina, y que a la vez constituye el imaginario “sistema-mundo moderno” enfrentado al “sistema-mundo colonial”. Con base en dicho sistema-mundo, Mignolo encuentra la estrategia del poder, ya no históricamente colonial, sino concretamente, “la colonialidad del poder” (Mignolo, 2001:63). Noción que se traduce en su doble sentido como estrategia del mundo occidental moderno que extiende su sistema-mundo de cristiandad y al mismo tiempo, en ideal del capitalismo.

En su sentido endógeno, la colonialidad del poder se presenta en Latinoamérica bajo el imaginario de la conciencia *criolla* de naciones y pueblos libres e independientes de la colonia; “*la conciencia criolla (blanca), post-independencia*” (Mignolo, 2001:69). Aspecto concreto que desemboca en un imaginario antagónico, dado que son unos, los *criollos*, quienes pretendieron en la independencia, y posteriormente en la etapa republicana, consolidar la modernidad; por su parte, los otros, los amerindios y los afro-descendientes, quienes padecieron de aquel nuevo modelo de colonialidad que hizo del “nativo” un ser invisible, aparentemente adaptado a la homogeneidad racional de los nuevos vencedores.

La conciencia criolla, que se vivió (y todavía hoy se vive) como doble aunque no se reconoció ni se reconoce como tal, se evidenció en la homogeneidad del imaginario nacional y, desde principios del siglo XX, en el mestizaje como contradictoria expresión de homogeneidad,

celebrando por así decirlo, la pureza mestiza de sangre. La formación del Estado-nación requería la homogeneidad más que la disolución y por lo tanto o bien había que ocultar o bien era impensable la celebración de la heterogeneidad. Si no hubiera sido así, si la conciencia criolla blanca se hubiera reconocido como doble y no tendríamos hoy ni en Estados Unidos ni en la América hispana, ni en el Caribe, los problemas de identidad, de multiculturalismo y de pluriculturalidad que subsisten (Mignolo, 2001:69).

El concepto de una conciencia criolla, asociada a la independencia y al republicanismo, nos ofrece una mirada complementaria del proceso histórico de afirmación de la colonialidad eurocéntrica en el modelo de Estado-Nación. Mignolo sostiene que la doble relación del pensamiento independentista criollo con respecto a Europa y a los amerindios, no constituye un problema central de la raza, como lo afirma Quijano, sino un único problema de orden geopolítico; es decir, *la conciencia blanca criolla*, para concebir un proyecto emancipador del Estado-nación, recurrió a la uniformidad racial de los pueblos y sus individuos y no, a la heterogeneidad de las razas. El amerindio y el afro-descendiente debieron desaparecer, pues África como tampoco América nunca formaron parte del imaginario moderno del criollo mestizo ni mulato. La referencia al continente negro jamás se convirtió en una bandera de lucha. Esto último constituye un rasgo distintivo de la descolonización en América, pues fueron los criollos y no los “nativos” quienes definieron el derrotero del progreso social, cultural y político de las emergentes naciones.

En términos generales, Mignolo sostiene que en la modernidad Europea, el proyecto del Estado-Nación y el desarrollo del capitalismo occidental, sumado a los fenómenos geo-políticos de la independencia y el ideario republicano criollo, constituyeron el fundamento civilizatorio occidental (ideológico o religioso), cuyos rasgos esenciales actuales son el resultado histórico de la “exterioridad interior” (Mignolo, 2001:82), es decir, la implantación histórica del imaginario de la colonialidad, que obligó a interiorizar el patrón externo de la colonia, la modernidad y el desarrollo capitalista.

La conciencia criolla en su relación con Europa se forjó como conciencia geopolítica más que como conciencia racial. Y la conciencia criolla, como conciencia racial, se forjó internamente en la diferencia con la población

afro-americana y amerindia. La diferencia colonial se transformó y reprodujo en el período nacional y es esta transformación la que recibió el nombre de “colonialismo interno.” El colonialismo interno es, pues, la diferencia colonial ejercida por los líderes de la construcción nacional. Este aspecto de la formación de la conciencia criolla blanca es el que transformó el imaginario del mundo moderno-colonial y estableció las bases del colonialismo interno que atravesó todo el período de formación nacional, tanto en la América ibérica como en la América anglo-sajona (Nelson, 1998, Mignolo, 2001:68).

Las consideraciones citadas, nos acercan al entendimiento del imaginario o imagen del mundo que históricamente ha construido la identidad criolla en América latina, y que en términos amplios, reconoce aquello que constituye la colonialidad como el proceso de ruptura con la colonia histórica; pero a la vez, como la interiorización del capitalismo y del Estado-nación, entendidos como modelos de civilización y rasgos distintivos de desarrollo moderno en América Latina.

En síntesis, las visiones de colonialidad, tanto la presentada por Quijano como por Mignolo, nos abren al debate sobre el papel del colonialismo en la visión eurocéntrica del desarrollo en América Latina. Primero, nos ayudan a delimitar teóricamente, tanto el sentido de la colonialidad en América Latina como el imaginario que representa el proyecto civilizador occidental, anclados al capitalismo y a la emancipación política que consolida el modelo Estado-nación. En segundo lugar, nos ofrecen elementos cruciales para comprender las complejas relaciones que se tejen alrededor del desarrollo/subdesarrollo latinoamericano y su incidencia en el contexto global.

## **El modelo colonialista y su persistencia en Latinoamérica**

Teniendo en cuenta lo expresado, es posible establecer un punto de vista que iremos perfilando hacia el espacio-tiempo actual de América Latina. De acuerdo con los postulados de Adolfo Albán (2010), con la consolidación de la modernidad europea, llegó también el deseo de la expansión de un nuevo

orden social basado en la acumulación del capital, el desarrollo social de las ciencias, la distribución del poder político y el territorio (el Estado-nación); lo que en consecuencia, condujo al expansionismo colonizador que vemos en América Latina, Asia y África.

Remitiéndonos al contexto latinoamericano del siglo XX, Albán nos aproxima a la “falacia del desarrollo” que aquí se posiciona, y que al tiempo, fundamenta el *mito* de la modernidad. Un mito en el que las latitudes occidentales, que eran fuente de riqueza natural para las naciones europeas, se convirtieron en la periferia y puerta del desarrollo para el capitalismo, confiriendo a los Estados europeos y a EE.UU. una centralidad que divide la historia y que nos aproxima a la civilización occidental, al metarrelato de la humanidad moderna; por eso, América Latina, sus pueblos y sus raíces autóctonas quedan excluidos de la historia y se introducen violentamente cuando, en sus procesos de independencia y consolidación de Estados-Nacionales, logra asimilar el modelo de desarrollo capitalista y adoptan el disfraz del progreso eurocéntrico.

La independencia, y posterior consolidación de los Estados en América Latina, resulta ser a la postre, como señala Albán, el rasgo colonial de nuestra modernidad, emparentada con el sacrificio de los amerindios vencidos y los superiores vencedores colonialistas, que en su afán expansionista introdujeron la conciencia de la víctima y a la vez, la aparición del culpable, no en el conquistador, sino el aquel que debe transformar y erradicar su cosmovisión para dar paso a la visión moderna del mundo, es así que:

En esto consiste el “mito de la Modernidad”, en un victimar al inocente (al Otro) declarándolo causa culpable de su propia victimación y atribuyéndose el sujeto moderno plena inocencia con respecto al acto victimario. Por último, el sufrimiento del conquistado (colonizado, subdesarrollado) será interpretado como el sacrificio o el costo necesario de la modernización (Albán, 2010:70)

Esta nueva forma de pretender un mundo moderno en Latinoamérica se reduce a esa comprensión filosófica y racional que los ilustrados alemanes, y que los ideólogos de la revolución francesa tenían en mente, pues la emancipación

de la “minoría de edad” es en el entorno amerindio, la emancipación del rasgo ancestral y propio de estas tierras. La emancipación de lo endógeno se torna en la domesticación del indígena mediante la fe y el imaginario del progreso se asocia al trabajo productivo y capitalista. El amerindio es pues, quien para conquistar su libertad, debe emanciparse de sí mismo, y alcanzar el desarrollo moderno de la razón, integrándose a las fuerzas del mercado y al modelo del poder democrático. Ceder desde sí mismo, desde su condición de raza y cultura, fue la formula moderna de la libertad criolla. A este respecto, “La llamada conquista, en realidad, es un acto emancipatorio, porque permite salir (el Ausgang de Kant) al bárbaro de su “inmadurez”, de su barbarie” (Albán, 2010:72).

Así pues, en estas palabras queda consignado, que el subdesarrollo es una condición natural del hombre americano y que solo, mediante el mito de la modernidad usurpadora, se logra alcanzar la “mayoría de edad”; esto implica pues, el deber de renunciar a sí mismo, la liberación de toda condición étnica y mestiza, para acceder al destino humano del progreso burgués y capitalista.

Este fatal propósito encierra, en el concepto de eurocentrismo, una cosmovisión de la modernidad que ha llegado hasta su faceta actual a través de siglos de colonialidad, y más aún, se ha tornado esencia *criminal* de la víctima sobre sí misma; pues la lucha independista que consolidó los estados nacionales en América Latina es, a su vez, una lucha interna por identificar al indígena, al afrodescendiente y al mestizo dentro de la categoría de hombres libres, ilustrados y emancipados de su pasado ancestral. Ahora bien, queda por preguntarnos ¿Hasta qué punto recaen en el presente, los temas mencionados, sin olvidar que la colonialidad y las secuelas del eurocentrismo siguen siendo el fantasma del desarrollo/subdesarrollo de nuestras latitudes, reduciéndose a los modos de producción y distribución del poder capitalista a escala global?

América Latina, al igual que África y diversas regiones de Asia, sigue presentando una dependencia colonial al modelo de desarrollo capitalista, pero esta vez, no es una dependencia *criolla* al imaginario de la libertad de los pueblos, sino es el imaginario del desarrollo económico, de la apropiación tecnológica

con fines al aprovechamiento de los recursos naturales y la explotación de la biodiversidad, basados en el incremento de la riqueza abstracta, del capital en su forma más globalizada.

## **Del eurocentrismo a las tensiones centro-periferia**

Como una preocupación propia del siglo XX, y que debemos abordar en las próximas décadas, observamos que existe una alta dependencia económica y tecnológica de los países que encontramos en vías de desarrollo con relación a las potencias centrales de los países europeos y Estados Unidos.

A partir de los años 50's, de acuerdo con Raúl Prebisch (1949) y la CEPAL (1952), teniendo en cuenta el incremento de la dependencia económica entre los países más "desarrollados económicamente" y los "pobres" o "subdesarrollados", se empezó a hablar de un modelo denominado: "centro-periferia", por medio del cual se describieron las interacciones entre la economía central, autosuficiente y próspera frente a las economías periféricas, aisladas entre sí, débiles y poco competitivas. El modelo defiende que sólo las economías centrales son las que se benefician. Concepto alejado de la idea neoclásica, que se basa en que: "el comercio internacional beneficia a todos los participantes". En su sentido crítico, expresado por Gunder-Frank:

El subdesarrollo no es consecuencia de la supervivencia de instituciones arcaicas, de la falta de capitales en las regiones que se han mantenido alejadas del torrente de la historia del mundo, por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aún generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico del propio capitalismo (Gunder-Frank, 1963:75).

Esto subraya que, el desequilibrio entre las economías de naciones "ricas" y "pobres", condujo a la explicación de las relaciones de centro-periferia, mediante la "teoría de la dependencia"; expuesta a partir de un cúmulo de hipótesis y modelos que daban explicación de las causas del subdesarrollo social y económico de algunos países. En dicha teoría, se explicaba el porqué



los mecanismos utilizados por el comercio internacional, aumentaban la pobreza en los países periféricos, debido principalmente a la especialización internacional del trabajo; es decir, la división social y económica del papel de los productores y los exportadores de materias primas y productos agrícolas, frente al papel de los consumidores e importadores de productos industriales y tecnológicamente avanzados. En síntesis, los países de las economías periféricas constituían la base material de la riqueza de las naciones desarrolladas (materias primas renovables y no renovables), pero se constituían a su vez, en países dependientes de la tecnología y del comercio internacional, dominado por los países denominados centrales.

La monopolización de las economías centrales conlleva entonces, a que los avances en materia tecnológica se conviertan en incrementos de tipo salarial y de precios; no obstante, en la periferia se reflejan sólo a través de la disminución de precios y la expansión económica, cuyos efectos son diferentes sobre la demanda de productos industriales y la de productos agrícolas, debido a que su elasticidad varía con respecto a las rentas; en consecuencia, cuando los países de la periferia crecen económicamente, sus importaciones tienden a aumentar más no sus exportaciones, temor que esgrimen en estos momentos quienes se oponen a la firma de Tratados de Libre Comercio (TLC), por parte de Colombia, con los Estados Unidos y Europa, países en donde los campesinos y ganaderos, no solo están subsidiados por sus gobiernos sino que gozan de todas las ventajas para tecnificar oportunamente sus actividades productivas.

Es así como la concepción del modelo “centro-periferia”<sup>3</sup>, idea que se rearticuló para formar una teoría propia, conocida tradicionalmente como “teoría del subdesarrollo”, resultó para sus postulantes, ser complementaria a tres

---

<sup>3</sup> Existen dos grupos de países diferentes por las características de sus estructuras económicas, que son los polos del sistema:

- Centro: estructura económica diversificada (espectro comparativamente amplio de actividades) y homogénea (la productividad del trabajo alcanza niveles similares en dichas actividades).
- Periferia: se inserta en la economía internacional especializándose (producción primario-exportadora) y tiene un abanico de actividades más exiguo (al inicio no tiene un tejido industrial significativo); en estas actividades la productividad del trabajo es elevada (por penetración del progreso tecnológico), pero una alta proporción de la mano de obra permanece ocupada con niveles muy bajos de productividad →heterogeneidad estructural →estructura especializada y heterogénea. (Prebisch, 1949).

conceptos: heterogeneidad estructural, especialización productiva y desarrollo desigual. <mailto:coll@uma.es> En este sentido, y a petición de la CEPAL, los países latinoamericanos la aplicaron, cada uno de forma independiente. Estas estrategias de desarrollo basadas en el proteccionismo comercial y la sustitución de las importaciones, condujeron también a que los bancos centrales latinoamericanos concentraran sus esfuerzos en sobrevalorar sus propias monedas para abaratar los costos originados por las importaciones de tecnología; táctica que funcionó convenientemente durante la década de los 60's, pero que a la vez, produjo un aumento generalizado del precio de las materias primas en los mercados internacionales e influyó de manera desfavorable en las economías "centrales", o las llamadas economías de "los países desarrollados"; quienes pese a la demanda internacional y el incremento de los tipos de interés, en la década de los 80's, fue el punto de partida de la crisis producto de la deuda externa, con la consecuente transformación en la estrategia de desarrollo, creándose así, las condiciones para que el proceso de globalización o de colonialidad de la economía y el poder capitalista se intensificaran, y pasaran a convertirse en otra supuesta opción de progreso.

La importancia histórica del subdesarrollo latinoamericano y el desarrollo eurocéntrico, consiste en hacer evidente que las desigualdades entre el "centro" y la "periferia" son el resultado del comercio internacional, del modelo Estatal y nacional que hemos descrito hasta este punto; siendo éste modelo un motivador para la integración de las economías latinoamericanas al sistema capitalista, o resumido en pocas palabras, el desarrollo concebido únicamente a partir de la industrialización, por medio de un "modelo exportador primario" o llamado de otra forma desarrollo "hacia fuera".

Lo anterior, estaría en contraposición con el denominado: "desarrollo desde adentro" o "endógeno", en donde las comunidades estarían en condiciones de proponer y ejecutar sus propias propuestas; es decir, en donde el liderazgo nace desde adentro, buscando la satisfacción individual y colectiva; lo que de acuerdo con los economistas neoclásicos, invita a la participación comunitaria, la conservación y sostenibilidad del medio ambiente. El concepto de desarrollo endógeno, definido por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2000), considera entonces que:

El desarrollo endógeno con sentido humano es aquel que permite ampliar las oportunidades de los individuos para hacer que el desarrollo social sea más democrático y participativo, y entre estas oportunidades, permitir que la población en general pueda tener acceso al ingreso y al empleo, a la educación ya la salud, así como a un entorno físico limpio y seguro. A cada individuo debe dársele también la oportunidad de participar a fondo en las decisiones comunitarias y de disfrutar de la libertad humana, económica y política (PNUD, 2000).

Siguiendo a Vázquez Barquero (2002), encontramos que a partir de la década de los 90's, el proceso de globalización de la economía y la sociedad se ha incrementado, debido al carácter global<sup>4</sup> que refuerza los sistemas productivos, desplazando el liderazgo del Estado hacia las empresas multinacionales, con base en argumentos de tipo tecnológico y con el pleno convencimiento que mayor tecnología, significa mayor progreso. En ese sentido, se aumenta la competencia de mercado, y por consiguiente, los ajustes del sistema productivo a nivel local y nacional, haciendo que las empresas no compitan de forma aislada, sino que lo hacen al unísono con el entorno productivo e institucional del que forman parte.

Dinámica que, a largo plazo, propiciará la transformación de la organización del sistema de ciudades y regiones, dando paso a la formación de escenarios basados en la creciente competencia entre empresas y territorios, por causa de la acumulación de capital y un desarrollo sujeto a factores de tipo coyuntural, tomando como referencia las innovaciones y el conocimiento entre las organizaciones, por medio de la adopción de nuevas formas de organización de la producción y la inserción de mejoras en las economías de urbanización.

En consecuencia, la teoría del desarrollo endógeno sostiene que:

---

4 “La globalización es un proceso que se caracteriza por el aumento de la competencia en los mercados, lo que implica la continuación de los ajustes del sistema productivo de los países, las regiones y las ciudades inmersas en la globalización. Dado que las empresas no compiten aisladamente sino que lo hacen juntamente con el entorno productivo e institucional del que forman parte, el proceso de globalización estimulará la transformación de la organización del sistema de ciudades y regiones, de acuerdo con la nueva división internacional del trabajo” (Vásquez, 2000).

La acumulación de capital y el progreso tecnológico son, sin duda, factores claves en el crecimiento económico. Pero, además, identifica una senda de desarrollo autosostenido de carácter endógeno, al argumentar que los factores que con- tribuyen al proceso de acumulación de capital, generan economías, externas e internas, de escala, reducen los costos generales y los costos de transacción y favorecen las economías de diversidad. La teoría del desarrollo endógeno reconoce, por lo tanto, la existencia de rendimientos crecientes de los factores acumulables y el papel de los actores económicos, privados y públicos, en las decisiones de inversión y localización (Vásquez, 2002).

En otras palabras, cuando pensamos en una fórmula política, económica y social adecuada al contexto histórico de América latina, que contrarreste los efectos degradantes de la colonialidad y el desarrollo capitalista, aún en su fórmula de centro-periferia y globalizada, debemos pensar que una alternativa es el desarrollo endógeno, siendo esto, “una interpretación para la acción, cuando la sociedad civil es capaz de dar una respuesta a los retos que produce el aumento de la competencia en los mercados, mediante la política de desarrollo local” (Vásquez, 2002). Es decir, el desarrollo endógeno entendido como una forma autónoma de gobierno económico, “mediado por las organizaciones intermediarias y de la creación de las asociaciones y redes públicas y privadas, permite a las ciudades y regiones incidir sobre los procesos que determinan la acumulación de capital y, de esta forma, optimizar sus ventajas competitivas y favorecer el desarrollo económico” (Vásquez, 2002).

## **A manera de conclusión**

La colonialidad es constitutiva de la modernidad. Las relaciones asimétricas de poder al mismo tiempo que la participación activa desde la diferencia colonial en la expansión del comercio entre continentes, constituido a través de los siglos como Occidente o civilización occidental, son las que justifican y hacen necesario el concepto de “colonialidad del poder” (Quijano, 2000) y de “diferencia colonial” (Mignolo, 2000) para corregir las limitaciones histórico-geográficas a la vez que la lógica del concepto de geopolítica.

En segundo lugar, los alcances en la comprensión del concepto de eurocentrismo y colonialidad se extienden hacia el siglo XX bajo el modelo dual de desarrollo/subdesarrollo, en donde se privilegian las estrategias del mercado capitalista y no propiamente el ideario moderno de la independencia estatal y nacional, es decir, saltamos de un modelo moderno de emancipación a un modelo desarrollista de acumulación de capital y de dependencia económica.

La colonialidad eurocéntrica se mueve en las estructuras del poder social y políticamente establecido dentro de los diversos Estados europeos en que se han repartido la tierra, obviamente no es una idea novedosa propia de las condiciones netamente de industrialización y del comercio liberal. Su participación en la historia hunde sus raíces en el propio momento histórico de la conquista y la colonización, llevado a cabo tanto por los europeos en los territorios americanos, africanos y asiáticos, como por los japoneses en diversos países del Asia. Este colonialismo se caracteriza por la imposición de directrices políticas, económicas, ideológicas y valorativas que se establecieron violentamente. El surgimiento del Estado-nación y el aprovechamiento de las nuevas fuerzas que traen consigo el poder del capital y la tecnología (“el nuevo orden mundial”), absorbieron prontamente todo vestigio del pasado colonial e hicieron de este vínculo el representante directo de la dependencia económica global.

Mediante los argumentos expuestos se puede demostrar que las repercusiones de un pasado colonialista y la superación de las viejas formas de poder premodernas, dejaron la vía libre hacia la formación del concepto de “globo”, distribuido para su máximo provecho (explotación) y como “medio” sobre el cual, el pensamiento racional económico, con metas siempre crecientes y en progreso, se ha apoderado de todos sus recursos potenciales, naturales y humanos hacia el perfeccionamiento de ciertos ideales basados en el desarrollo económico.

El capitalismo, como modelo económico y político de los países del “primer mundo”, ha sufrido diversos reveses y momentos históricos de auge y expansión. Desde sus inicios en el siglo XVII, con el imperialismo y la explotación colonial, la cual ha demostrado ser una herramienta vital para la modificación de la

humanidad en todos sus sentidos, su capacidad de adaptarse a cualquier circunstancia y sacar provecho, lo convierte en un proyecto eficaz.

En el expansionismo del capitalismo, participó el desarrollo de una política estatal de crecimiento acelerado, que se convirtió al interior de los “países en vías de desarrollo”, en el “ideario” de vida para el progreso, la paz y como modelo para resolver las diferencias sociales, y los graves problemas a los que se vieron sometidos a responder: pobreza, desempleo, guerras civiles, desplazamiento masivo del campo hacia las ciudades, la actualización hacia las exigencias económicas y políticas mundiales, como la irrupción de los medios masivos de comunicación, con su consecuente manipulación teledirigida por la publicidad hacia el consumismo.

En las naciones de extensos periodos de colonialismo, la naciente idea del Estado condujo hacia una proyección diferente como lo encontramos en los países de alto desarrollo económico: la idea del Estado-Bienestar y la dependencia centro-periferia impulsaron el innecesario y peligroso acercamiento a las revoluciones y al comunismo, integrando progreso con cobertura democrática y participativa del Estado sobre todo el territorio de una nación.

Pero la forma del Estado-Nación representa en la actualidad, y desde una perspectiva crítica, una ambivalente estrategia que profundiza las crisis que intentó resolver, porque cada vez más se desplaza la satisfacción de los ciudadanos y de la sociedad en general hacia la satisfacción de los mercados capitalistas, convirtiéndose en una palanca de apoyo para la introducción de capitales internacionales (multinacionales) que aprovechan los recursos de un país periférico, a cambio de tecnología de punta y de soñar participar de la era de la globalización.

## Referencias

- Alban, Adolfo. (2010). Conferencia 1: "Desde el "ego" europeo: el "encubrimiento". Módulo I: Modernidad, capitalismo y sistema mundo. Maestría en Estudios Interdisciplinarios del Desarrollo. Universidad del Cauca.
- \_\_\_\_\_. Conferencia 5: "Crítica del "mito de la Modernidad". Módulo I: Modernidad, capitalismo y sistema mundo. Maestría en Estudios Interdisciplinarios del Desarrollo. Universidad del Cauca.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL). (1952). Problemas teóricos y prácticas del crecimiento económico. Santiago (Chile). Oficina Principal.
- Guerra, Francois-Xavier. (1993). Modernidad e independencias. México: F.C.E.
- Gunder-Frank, André. (1963). América Latina: Subdesarrollo o Revolución. México: Editorial ERA.
- Mignolo, Walter D (2000). "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad". En: La colonialidad a lo largo y ancho.
- Quijano, Anibal. (2000). "El fantasma del desarrollo en América Latina". Rev. Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, 2000, Vol. 6 N° 2 (mayo-agosto), pp. 73-90.
- Paz, Octavio. (2001). "Ideas y costumbres". México: F.C.E.
- Prebisch, Raul. (1949). "El Desarrollo Económico de la América Latina y alguno de sus principales problemas". En: Revista El Trimestre Económico, No. 137. P 35.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUDM. (2000). Definición del desarrollo humano como base del desarrollo endógeno. Ginebra.
- Vázquez Barquero, Antonio. (2002). "Desarrollo endógeno: redes informáticas, innovación, instituciones y ciudades". Londres: Routledge editores.







